

Arquitrave



**Bai Juyi • Guillermo Dañino • Ingeborg Bachmann
Nicolás Suescún • Elkin Restrepo • Jorge Cadavid
Amadeu Baptista • Tone Škrjanec
Marithelma Costa • Fabrício Carpinejar**

Bai Juyi

Guillermo Dañino

Como brotes de bambú después de la primera lluvia de primavera es una expresión china que significa abundancia, gran cantidad, proliferación. Si la referimos a la poesía, esta frase bien se puede aplicar a la dinastía Tang (618-907) por la extraordinaria presencia de numerosos y excelentes poetas -

se conservan los nombres de más de diez mil- y de sus obras que constituyen una cumbre gloriosa en la historia de la poesía universal.

En las cuevas de Dunhuang, desierto de Gansu, se encontraron, en el año 1900, obras que se consideraban perdidas y, con éstas y lo ya publicado, se conocen hasta el momento más de cincuenta mil poemas de este glorioso tiempo.



Entre los nombres de Li Bai, Du Fu, Wang Wei, Meng Haoran, Li Shangyin y muchos otros, que han traspasado las fronteras de su lengua y de su país, enriqueciendo el acervo poético del mundo, destaca la obra de Bai Juyi.

Bai Juyi (772-846), cuyo nombre de letrado era Le Tian, *el que disfruta el cielo*, se distingue por su abundante producción -más de 2.800 poemas-, por su difusión, fue el más conocido en China y fuera de China, y por la calidad de su obra.

Su mayor contribución fue popularizar la literatura y hacer la poesía comprensible y accesible al pueblo. Tanto la sencillez y claridad en la expresión, como el ritmo y musicalidad de su lenguaje, difundieron sus poemas por doquier y fue admirado por personas de toda clase social. Reproducciones de sus poemas eran

vendidas en los mercados e ingresaron al palacio del Secretario Imperial del Japón. La mayoría de los poemas que aparecen en la novela japonesa *La Historia de Genji*, de Murasaki, siglo XI, son suyos. En el año 824, en el prefacio de la primera colección de poemas de Bai Juyi, Yuan Chen, su gran amigo, comenta:

... sus poemas se escriben por todas partes, sobre los muros de los palacios, de los templos budistas o taoístas, en las hospederías. Todo el mundo los recita, príncipes y dignatarios, esposas y concubinas, pastores y palafreneros. Se copian y se venden en los mercados o se los trueca por vino o té. Desde que la literatura existe, nunca se difundió tal fama con tanta rapidez".

Se decía que Baijuyi, para lograr una expresión más asequible al pueblo, leía muchas de sus composiciones a una anciana que había sido su niñera. Cierta vez el gobernador de Xuanzhou mandó tejer una alfombra de seda roja como tributo a la corte, obligando al pueblo a vestir harapos para pagarla. El poeta escribió *Alfombra de seda roja*. Leyó el poema a su niñera y la anciana dijo: "*¡Qué maldad! ¿Acaso no sabe el gobernador cuántas medidas de seda se necesitan para tejer un metro de alfombra? ¡Que no tejan alfombras sino más vestidos! ¡La tierra no sufre por el frío!*" Al oír este comentario, Bai Juyi corrigió su poema y utilizó las palabras de la anciana.

En muchos lugares de China, en los que Bai Juyi vivió, se conservan estelas con inscripciones alusivas, topónimos que recuerdan su biografía, cuentos populares que se refieren a la vida del poeta. En las ciudades de Hangzhou y Suzhou, en la región de la montaña Lu, en Zhongzhou de la provincia de Sichuan, en la montaña Song, en Luoyang y Chang'an, las dos capitales del imperio.

Baijuyi se interesa por el budismo *chan*, transcripción china del sánscrito *dhyana*, *contemplación*, en japonés *zen*, budismo nacido de la integración realizada en China del budismo indio y el pensamiento taoísta. Baijuyi se interesa por las enseñanzas de la Escuela Chan del Sur, llamada del *Despertar Inmediato*, que insiste en la experiencia de nuestra naturaleza profunda y original. Con frecuencia se refiere a Vimalakirti, *Nombre sin mancha*, discípulo de Buda, el santo laico por excelencia, libre e inteligente. Con su ejem-

plo, Vimalakirti demuestra que la iluminación y despertar a nuestra naturaleza profunda y original es compatible con la vida en familia, en el corazón mismo del mundo de los hombres, por oposición a la vida monacal. El secreto es no convertirse en juguete de las pasiones ni dejarse impresionar por la agitación general.

Su más importante legado es, sin embargo, su obra poética que revela a un claro pensador interesado en la vida del pueblo, enamorado de la naturaleza, profundamente humano y optimista. Sus poemas cantan la gloria del amanecer y el ocaso, logran una armonía de vida esencial con el universo, se compenetran con los matices más íntimos de la experiencia humana, personal o social, cantan los sutiles sentimientos de una ancianidad serena y de los sufrimientos intensamente vividos, así como del gozo de vivir en armonía interior y en la cordial relación con sus semejantes

Bai Juyi

Poema loco para mis sobrinos

El mundo desprecia a los iletrados;
yo, indigno, conozco de signos y pinceles.
El mundo desprecia a quienes no tienen cargos;
yo, indigno, ocupo un puesto importante.
Con la edad, el hombre enfrenta males y sinsabores;
yo, por gracia, no sufro de nada.
Al envejecer llegan fatigas y penas;
hoy acabo de casar a mis hijos.
El corazón en paz, nada me molesta;
el cuerpo tranquilo, sin compromisos.
Es así, desde hace dos lustros,
mi espíritu y mi cuerpo logran reposo.
Y, además, en mis últimos años
no necesito gran cosa.
Un traje de piel mientras pasa el invierno;
una sola comida para llenar el día.
No diré nunca que mi casa es pequeña,
sólo un cuarto necesito para dormir.
¿De qué vale tener muchos caballos?,
no se pueden montar dos a la vez.
Hombres afortunados como yo,
son sólo siete de diez.
Hombres de corazón feliz como yo,
es difícil encontrar uno entre ciento.

Para comentar las apariencias, hasta los tontos son agudos;
para mirarse a sí mismos, hasta los sabios se equivocan.
Como no me atrevo a tratar de todo esto con los demás,
dedico este loco poema a mis sobrinos.

Ligeros y gordos

Con paso arrogante invaden la alameda;
Las monturas de sus caballos resplandecen entre el polvo.
Me atrevo a preguntar quiénes son esas personas;
me responden: Son eunucos del palacio imperial.

Cinturones escarlata de nobles funcionarios;
los de insignias púrpura son todos generales.
Se jactan de asistir al banquete de la Guardia de Honor;
galopan sus caballos como nubes ligeras.

De las jarras amontonadas desborda vino añejo;
Reunidos los ocho manjares de la tierra y el agua.

Sin piel las mandarinas de Dongtung;
rodajas de arenque; pescados del Estanque Celeste.

Hartos de comer, con el corazón satisfecho;
excitados por el vino, se tornan aún más altivos.

Este año la sequía ha golpeado al sur del río;
en Quzhou los hombres comen hombres.

Ingeborg Bachmann

Oscuras promesas

Como Orfeo toco yo
en las cuerdas de la vida la muerte
y la belleza de la tierra
en tus ojos, que le administran al cielo
no sé que oscuras promesas

no olvides la mañana que de repente
tu lecho y el clavel
que duermen sobre tu corazón
amanecieron mojados por el rocío
viste el río de aguas oscuras
pasar por ti

en la cuerda del silencio
tendido sobre la ola de sangre
toco yo tu sonoro corazón
tus rizos se convirtieron
en el cabello sombrío de la noche
la negra oscuridad modela
tu rostro en flecos

y yo no te pertenezco a ti
los dos nos lamentamos ahora

pero como Orfeo reconozco
en el lado de la muerte la vida,
y vislumbro
el azul en tus ojos cerrados para siempre.

Sombras rosas sombras

Bajo un cielo extranjero
sombras rosas
sombras
sobre una tierra extranjera
entre rosas y sombras
en una agua extranjera
mi sombra.

Reclamo

Adónde vamos
despreocupados sin preocuparnos
que esté oscuro y haga frío
sin preocuparnos
eso si pero con música
debemos
alegres y con música
pensar divertidos
a la vista de un final
con música
y hacia dónde
llevamos
las mejores preguntas
hechas todos estos años bajo los chubascos
en la lavandería de los sueños
despreocupados sin preocuparnos
que lo mejor ocurra
cuando un silencio de muerte se anuncie
y entre.

Harlem

De todas las nubes se sueltan las duelas
la lluvia se cuele al fondo de cada pozo
la lluvia brinca de las escaleras de fuego
y teclea sobre las cajas de música

la ciudad negra gira en círculos su ojo blanco
y camina por cada esquina del mundo
el ritmo de la lluvia subvierte el silencio
el blue de la lluvia se apaga.

Nicolás Suescún

Un hombre

De vez en cuando
levanta la cabeza para oír
y oye su nombre.
Lo están llamando
a él, a quien nunca llaman.
Lo oye pero nadie se acerca,
la gente sigue pasando
sin mirarlo,
un hombre en harapos
que me alarga la mano,
letárgico y cansado,
y que de vez en cuando
levanta la cabeza,
aguza los oídos,
abre bien los ojos:
alguien lo está llamando
por su propio nombre,
y un momento después
deja caer de nuevo la cabeza
y las moscas recorren otra vez
la piel reseca de su cara,
erosionada por el sol,
la lluvia, el viento, el polvo.

La vida de los otros

La vida de los otros
es olvido de la nuestra,
las mismas cosas,
trabajo, ansia, sueños
por las que hemos pasado
indiferentes,
como ellos, los muertos,
los vivos y los que van a ser.
Vivieron, vivimos, vivirán
la misma secuencia
por la que pasamos.
Sin embargo, la vida de un hombre
es su vida de él
no de la humanidad,
y yo me agacho,
pongo el oído en la tierra
y escucho largamente
el eco de un estruendo enorme
que se acerca cada vez más,
que viene hacia mí,
temblando aquí, con miedo,
como las ratas que presienten
los terremotos en la China.

Déja vu

Después de todo, queda algo
o más: una sombra que no se esfuma,
una huella que no se borra,
la imagen en el vacío
que sigue a la ilusoria plenitud
a horrores imaginados o vividos;
la inexistencia en medio de la vida.

Es que en el futuro
está el pasado y en el pasado
se pudre el porvenir.

Basura nada más que basura.

Hablas en la oficina
y es como si no dijeras las palabras,
las palabras también están sucias,
te dices, y te revelan, te parece,
relaciones no naturales.

Y ves, sólo tu ves la imagen de tu momento,
y borras la información, te tiembla el foco.

Luego buscas y no encuentras
y después de la búsqueda
viene la expedición al ocaso
para acabar en la pira funeraria universal
apagada por el sucio oleaje de la historia,
un viento nada más, que te congela.

Los pedazos

La vida ya no tiene sentido para ella
y se le rompe el corazón, ya roto,
en más pedazos, y yo, ¿qué puedo hacer,
ya casi muerto y hablando oscuro?
Es que hay algo que me espera,
lo presiento, en la noche,
un mar silencioso o un laberinto
imaginado, sin salida.
Y hay tantas preguntas sin respuesta.
Hay tantas cabezas rotas
como piedras destrozadas en el camino,
como ideas olvidadas
y decepciones, sueños truncos.
También tengo yo roto el corazón,
y sólo ella, lo sé, pueda tal vez
recoger los pedazos uno a uno,
los suyos y los míos.

Elkin Restrepo

Jorge Cadavid

En poesía hay tres maneras de dar en el blanco. La primera, no la más fácil, consiste simplemente en dar en el blanco. La segunda, no más ni menos difícil, pero siempre inquietante, convierte en blanco aquello donde da. Y la tercera, igualmente asombrosa, virtualiza el blanco, pone una flecha invisible en un arco incorpóreo – pocos advierten que la saeta ya reposa en el blanco. Idéntica magia hermana los tres procedimientos, pues, en definitiva, el blanco siempre pasa a serlo por el carácter de certidumbre adquirido como consecuencia del impacto, no por su previa condición de punto de mira.

En la poesía de Elkin Restrepo predomina como intención el tercero de los propósitos, si es que resulta lícito hablar de propósitos cuando se confía al “azar controlado” la responsabilidad del acierto. Pero una vez logrado éste, sólo una halo de evanescencia del estilo, ciertas alógicas, pueden insinuarnos cuál fue el primitivo impulso: si la afinación de la puntería o la confianza en la gracia. Porque el blanco, en cualquiera de ambos casos, ya no puede dejar de serlo.

¿Qué más se le puede pedir a una poesía que ha llegado hasta el núcleo de su propia aventura, jugándose el todo por el todo al hacerlo? ¿Acaso el hecho de alcanzar el blanco, eso que podemos llamar su esencia, hace que la savia última de su conquista expresiva y existencial se cierre en la elementalidad, en la intemperie de la vida? ¿No ha apostado esta poesía, desde sus orígenes, por dar forma al vacío, por hacer cuerpo en la palabra, por aspirar el decantamiento de una mística diaria, que tiene como centro la paradoja perfecta de lo inmóvil que se mueve y de lo fijo que se evade?

La reserva delicada y el don de la alusión son rasgos de esta escritura elemental y estricta, que no logra disimular la perfección. El método que nos propone el poeta consiste en “despojarse de lo

alcanzado”, de esta forma nos conduce verdaderamente a lo real. Es como si las palabras disiparan el habitual estrépito para conducirnos a la sustancia del mundo. Elkin Restrepo nombra y dice lo esencial con una voz límpida, desnuda de artificios.

Son ya más de veinte años de un ejercicio poético que no ha dejado de avanzar sin apartarse nunca de sus primeros – y esenciales – focos dinamizadores; de modo que, frente a su continuidad y su fidelidad a un mismo mundo, la poesía de Elkin Restrepo se nos ofrece como una especie de viaje detenido, aventura de progresiones estáticas, itinerario contemplativo.

Esta clase de poesía opera por *extrañamiento*, reduce la sustancia de lo aparente a la delgadez de una imagen, iluminada por lo que se oculta detrás. Detrás de las palabras, las apariencias comienzan a cobrar forma. Si pensamos las apariencias como una frontera, podríamos decir que el poeta busca un lenguaje que atraviese esa frontera: imágenes que lleguen desde atrás de lo visible.

Esta particular forma de hacer poesía se empeña en mirar de nuevo las cosas. La creación de la imagen comienza interrogando las apariencias y dejando marcas, a manera de faros. Cuando la intensidad de la mirada alcanza un determinado grado, se descubre una energía igualmente intensa que se aproxima, desde la apariencia. El encuentro de estas dos energías – la del observador y la de lo observado hace que el lenguaje explote. El poeta iluminado, entonces, piensa en ese faro, piensa intermitentemente en ese faro.

La obra poética de Elkin Restrepo traza una paciente y minuciosa figura de un “verbo móvil”, generador de sentidos, sentidos que a su vez, en una compleja hermenéutica, la definen al brindarle un fundamento. Esta escritura se ha visto sometida al imperativo de ensayar, con cada libro -véanse *Retrato de artistas* (1983), *Fábulas* (1991), *El falso inquilino* (2000)- vías de acceso a heterogéneo, a través de diferentes estrategias discursivas. Sin embargo, es también cierto que esta diversidad de escrituras reúne una fundamental unidad: la unidad de lo múltiple.

En esos instantes en que no sucede sino el fenómeno extraordinario de la normalidad, en esos engarces de sabiduría cotidiana,

allí transcurre la revelación para Elkin Restrepo, en una *normalidad aguda*: “La poesía me ha enseñado que es en la trivialidad y en el suceso banal, ¿y cuál suceso no lo es?, y no en los mundos ideales, remotos, donde paradójicamente reside el misterio de las cosas”. El asombro no estriba tan sólo en sentir lo que hemos experimentado toda la vida como si fuera la primera vez, pues vivirlo una sola vez es como no haberlo vivido nunca, también es necesario vivir la repetición, lúcida y pausadamente, como un milagro, como un resplandor.

Elkin Restrepo, en su último poemario *La visita que no pasó del jardín*, tiene la lucidez del perplejo que ve el misterio en las mismas cosas de ayer y de siempre. Sus ojos no dejan que la iluminación se disuelva: crea un hueco permanente en la realidad, en la que ninguna respuesta, ningún objeto agota su lumbre: “Sólo quería estar / conmigo mismo. / Recogerme / en mi propia luz”, es la respuesta alucinada del poeta. Lo extraordinario consiste en ver la penumbra acostumbrada, lo cotidiano. La mañana deja de ser una insinuación y se vuelve una realidad. Los ojos vuelven a ver todo. ¿Y qué es todo? Lo que vemos todos los días. Eso es lo extraordinario. Lo maravilloso es que las cosas sean lo que son y no otra cosa. La poesía no está en lo “nuevo desconocido” sino en una dimensión nueva de lo conocido, en una dimensión desconocida de lo evidente.

Dos tesis estructuran este proyecto poético: la primera es que existe una cadencia en el habla común, en la frase coloquial que permite matices y sentidos insólitos: “Como lo demuestra la tradición, es allí, en la frase familiar, en el lugar corriente, donde acontece la revelación”. La segunda intuición es que en la vida cotidiana tenemos todas las vidas posibles, todas las tierras prometidas y que “pensar en «el otro mundo» con su gloria y sus ventajas, como el único verdadero, desdice de todas las maravillas encerradas en éste”. En el minuto del despertar –para el poeta– están presentes todos los minutos de los despertares y, simultáneamente, ese minuto es único: sólo lo vive aquél que en ese minuto despierta y ve en él un nuevo mundo, aquél que en esa intuición cotidiana se ilumina.

*Una fábula
despertar y saber
que estamos vivos*

La visita al jardín que nos ofrece Elkin Restrepo propone los dos extremos del asombro: uno es el súbito, el raptó, pariente del susto y de la sorpresa; el otro es el estático, el pausado, el lento. El asombro del que nace la poesía de Elkin es el quietista, el de la boca abierta y no el del corazón agitado. Su asombro necesita ser rumiado, para no caer en el pasmo.

*Ningún anhelo mejor
que la vida misma.*

*Ningún sueño más apropiado
que la misma realidad.*

*Ningún suceso mayor
a un día
en el cual no sucede nada.*

(...)

El poeta judío-alemán Yehuda Amijai califica al poeta moderno como un “profeta pobre”. Según él, sus salidas a comprar pan, sus preocupaciones laborales, sus conflictos familiares son sus visiones y revelaciones. El asunto del místico es, pues, la perplejidad cotidiana, sus profecías están en la oficina, en la cocina, en el supermercado: “Las usuales cosas de siempre. / Nadie daría un peso por ellas”:

Elkin Restrepo nos enseña la escritura como una disponibilidad más que como un trabajo: “De su claridad y sencillez, de su compleja hondura, depende que Dios también la oiga”. Su poesía invita a recuperar una relación más cordial con el lenguaje. Devuelve la frescura y naturalidad a la palabra a través del *versículo*, quizá, la forma literaria más primitiva y tribal, la más religiosa y civil, la menos pura, entre el verso y la prosa.

Hay una mística en el andar, en el respirar e incluso en el callarse. Elkin Restrepo lo sabe. Entre el silencio, la palabra y la contemplación se sitúa paradójicamente el poeta. Sabe que el silencio no es Dios, ni la palabra es Dios. Sabe que Dios está oculto entre ambas. Su tarea es contemplar la *unidad de lo simple*. Elkin nos propone una defensa de la contemplación. Una salida fuera de sí mismo, en éxtasis. El proceso es de naturaleza extática: “Sabía sin mucha razón / que alguien venía / Ignoraba quién, pero alguien venía”.

El perplejo –el poeta– intuye que alguien vendrá, y que nadie vendrá. La nada será la última aparición de lo sagrado. El poeta entiende que hundirse en la nada es hundirse en el fondo secreto de lo divino. La gran nada es Dios. La nada pura es el poema. Abandonarse a la nada es la salida del infierno de la temporalidad.

La poesía, para Elkin Restrepo, es la nada dicha, enunciada o postulada. Su *indecibilidad* misma está sugerida, pronunciada o dicha en el espacio vacío, en el blanco de la página, en ese silencio total esculpido en el vacío de la hoja o del día:

Blanco sobre blanco.

*Un blanco angélico,
venido de no se sabe dónde,
que anunciaba el límite de lo demás.*

*Lo vi abrazarse
a un almendro cercano
y devorar sus hojas
hasta dejarlo sin forma.*

En este proyecto poético el objeto y el mensaje son borrados –al modo zen– o enteramente transformados en una ilimitada superficie de sugerencias que van y vienen y acaban por movilizar la imaginación del lector. Las metáforas y las aproximaciones sugestivas se encienden, una después de otra, por un momento permanecen visibles en el aire y luego desaparecen de nuevo en la noche de lo

indistinto sin dejar tras de sí ni la más mínima huella. No hay que abolir la realidad -parece explicarnos el poeta-, todo lo contrario, hay que preservar las alegrías simples, las cosas que parecen insignificantes pero que son esenciales en la vida.

No es necesario pasar del jardín para vislumbrar que allí mismo gravita lo sagrado, que una flor ya contiene el oscuro enigma. A la pregunta ¿Qué es la iluminación?, el poeta responde con otra pregunta: ¿La iluminación es la unión con uno mismo? ¿La unión con el otro? ¿La unión con el interior de todo?

Elkin Restrepo

Museo

Está en el museo de Jerusalén.
Una sandalia de cuero
encontrada en una excavación
junto a un trozo de contrato matrimonial.
En él aparece el nombre de la desposada, Ruth.
Por la dote, pertenecía a una familia pudiente de Samaria
y tenía doce años.
Un estudio de la sandalia, explica
que sufría de una leve deformidad en el pie derecho.
Vivió en el siglo I antes de Cristo.
Lo poco que sobrevivió a su vida,
ahora es pieza única de museo,
pues tan frágil testimonio
corresponde a un lugar y una época
de los cuales se sabe poco.
Aquello sí era el olvido,
nada escapaba a él,
ninguna noticia acerca de algo
(de la época apenas vestigios),
la vida borrada por el mismo paso de la vida,
como si aquella otra no hubiera existido,
y como si del curso del mundo
apenas importara el instante presente.
Polvo, ruinas, silencio, lo demás.
Ningún monumento o memoria
que disputar a los cuidados de la muerte.

Senelita

¿Será lo mismo el amor
cuando yo envejezca
y no quiera ver mi cuerpo
y el placer nada tenga
que ver conmigo?
Temo a este instante.
El paisaje vuelto
pensamiento melancólico,
el sol que no calienta,
el deseo que no vuelve a casa.
Y la enfermedad,
ocupándose en no darte tregua
como una amante rencorosa.
¿Qué sentido
tendrá entonces vivir
si el amor
te rehusa su promesa?
!Ah, el feroz matrimonio
de los cuerpos bellos y jóvenes,
su pasional hechizo!
Si hay una verdad,
es ésta:
tu voraz y obscuro abrazo
con la vida,
tu burda canción de proxeneta,
el fiel aroma de una mujer.
Porque de acostarse con el dolor,
sólo habla la vejez.

Jardín de suburbio

Desperdicios, latas, hierros retorcidos,
un nido de alimañas.

Nada sobrevivió
al ángel disgustado que lo cuidaba.

En un instante se desvaneció
su lumbré arcaica,
su vocabulario de aves
y verdes perennes,
su confusión carnal.

Nada quedó,
y hasta la pisada de Dios
perdió seguridad
ante tanta puerta cerrada.

En su lugar,
un baldío, un basurero, una cloaca,
un sucio rincón de la ciudad.
Para no hablar de nostalgias,
me cocí la boca.

Había dejado de amarte.

Amadeu Baptista

La noche de Pavese

Raras veces me franquearon la puerta
y me dejaron entrar. La fiebre
me asedia el alma y quien me ve
se asusta del aspecto de mi rostro,
esta barba por hacer donde un ruiñeñor
se esconde. Y aún más asusta
mi altura, este lugar de vértigo
y palabras poderosas, la presencia
de ilimitados secretos que nadie quiere conocer,
el estremecimiento que corre por mis hombros.
Aunque nada pida, saben que soy un pidiente.
Y cuando entro en las casas mis gestos
atraen alguna cosa enigmática
que contorna el pavor y lo entrega
por no saberse que especie de vida o de muerte
me acompaña. Obviamente, yo bendigo
a quien me deja entrar, doy a entender
que alguna cosa brilla en mis manos
y puedo matar el hambre con una o otra palabra
próxima del amor, un dedo en los cabellos
de quien me recibe. Subí las escaleras de esta casa
en silencio y en silencio acepté que me aguardasen
con las inefables sombras que veo en los otros
e intento descifrar para mi contentamiento.
Me mandaron sentar y me dieron de beber.
Ese alcohol me reconfortó el alma.
Y mi gratitud se expresa de este modo, limpio
y nítido, observando a la mujer en ese infinito
de las cosas, donde todos los misterios avanzan
para una explicación que en cualquier momento

puede irrumpir del espíritu como una explosión.
Te miro a los ojos y recibo las dos monedas
que me ofreces, tu rostro me es familiar
si regreso a la infancia y súbitamente percibo
que también pertencí al ejercicio de este árbol
que en esta sala se levanta. Enfrente,
en la fotografía que mi mirada alcanza
porque me alcanza la mirada que de ella se desprende,
se inscribe el enigma que aquí me hizo llegar,
más que un rumor o un hilo ténue
con el nombre de todas las cosas inesperadas
que me acontecieron en la vida, siempre
que me franquearon la puerta y me dejaron entrar.
Ahora, con la memoria de haber estado en tu casa
y haber recibido la gracia de alguna atención,
yo, que soy pidiendo aunque nada pida,
te entrego este surco de desorden
sobre la página en blanco y te agradezco
con el conocimiento de algún otro mundo
aún mas inexplicable.

No habiendo despedida, has de saber que permanezco
y en la encrucijada de los dolores que me cupiera vivir
no olvidaré tu nombre el día en que también haya partido
y ninguna otra luz habrá más allá de aquella
que ilumina tu rostro en la soledad de la noche.
Los ángeles me esperan. No me es posible demorar.
Que me sea el alba tu tolerancia.

Tone Škrjanec

Cinema

Un ligero y frio caminar sobre la historia
sobre los bosques tranquilos, sobre torpes ciervos
que solo pretenden ser arboles de navidad.
A lo largo de todo esto, mi postura
es terriblemente romantica,
mi alma rechina mientras se asa.
Yo se del sudoroso entrelazado de los cuerpos,
y lo que es mas, lo observo en la pantalla grande,
escondiendolo en mis palmas
como una extraña y vergonzosa memoria.
Otoño lentamente chillara hacia el invierno
y yo me siento mas y mas solo,
calmado en una forma extraña,
como si a cada momento el agua
surgiera pareja hacia la eternidad.

Kale¹

No dije nada, ni una palabra. Solo me senté allí,
coloqué mis brazos en la nuca y despegué.
Atravesé primero la suavidad, y mas allá, el silencio.
Mi alma dolía porque goteaba.
Ecurría como grifo de cocina.
Las gotas, colocando sus brazos alrededor de cada una,
se besaban y reían hasta formar
un charco que pretendía ser un mar.
Me mire a mi mismo en el,
y de mis ojos salieron volando
dos águilas de cabezas blancas.
De otro lugar, una composición de piano
venía derramándose.
Les mienten a todos, a los peces también.
Yo te traje kale y un rollo de queso

¹ Col Rizada

Calma

Estoy tan calmado. Luna roja.
Recien ha venido volando
desde mas alla de las nubes.
Lentamente como un principiante inquisitivo.
En la television hay un pequeño vaso florido
con una rosa seca y violencia.
Muertes a mano y armas.
Todo es muy veloz, como si fuera real.
Monica no sabe esto.
Ella duerme tranquilamente.
Duerme y respira constantemente
como una maquina.
Es de noche. Pero puedo oir los carros despiertos.
Ni los gatos, chillando, se persiguen unos a otros
bajo nuestra ventana.
Igual no puedo dormir. Prefiero sentarme,
no podria decir que estoy pensando.
Solamente observo la vena
que lame tu palma como un rio.

Marithelma Costa

Martes, 2 de Mayo, año 2000

No es sólo la tristeza
De que los agarren
Les amarren las manos la boca
Los pongan en una barcaza
Y les quiebren el horizonte caribe
Es
Sobre todo
Es
Ser la isla
Ese pedazo de arena y arcilla a la cual se acercan hoy
Mil doscientos marinos
Dos mil cuatrocientos pares de botas
Dos mis cuatrocientos ojos que no ven
Que no ven
Que no ven y acatan órdenes
Es el estar de nuevo
Rodeada de tres barcas
Y permítaseme el tópico
Tres naves
Un destructor y dos buques de guerra
Tres goletas
Tres fragatas
Tres caravelas
Tres edificios de metal y madera
Que surgen de las aguas y sobre las aguas flotan
Cómo explicar lo pesado sobre lo liviano
Cómo la piedra sobre el agua
Lo sólido sobre lo líquido
Cómo un monte sobre el mar
Y de nuevo

Y permítanme que me repita
Tres naves me golpean y no es metáfora
Soy la arcilla guayama del camino que une el cabo de Yayí
con la playa del pelícano
Soy Roberto el que guarda la fortaleza y sus costillas
Soy Ismael el hijo de Ismael
Soy los nombres en las cruces de los cruces
Soy la arcilla donde están clavadas las señales
Soy Tito
Y todo ha sucedido tantas veces
La historia se hace elástica y de nuevo se repite
En primavera nadie pisaba la tierra porque dolía
Eran pies livianos
Livianos
Livianos los de la reinita
Livianos los del lagarto
Livianos los del jaguar
Quizás ésa es la definición de este conflicto
Showdown
Batalla
Encuentro
Lo liviano contra lo pesado
La arcilla guayama
Contra el acero el plomo el mercurio el níquel el cobalto
Ese azul tan efímero
El uranio contra la piel más efímera
Mercurio en los cabellos
Ronchas en la piel
Metal en los caribes que siguen en los montes
Porque son los montes

De Ayayí
En las cuevas de Ayayí
Livianos como el viento
Sutiles como las plumas del cuervo
Como las hojas del sauce cuando se mecen
frente a las puertas del templo chino
Las del lárice en lo alto del Tirol alpino
O las del plátano que abandonó Córdoba para que llegara el eu-
calipto
De nuevo las campanas
Lentas
Acompasadas
Medidas
Como medido es el tiempo
Mientras esperamos
En una cueva
Y si pasamos a temas más personales
Todo es cuestión de física
Física
Física
Lo dijo Anaximandro
El cuerpo se torna líquido
Perfectamente líquido y a la vez vibrante
Hay un punto que se escapa
Un punto donde se junta el agua superior con la de la fuente
primigenia
El agua de la superficie
Con la de las cuevas de Bieké
Con la de las cuevas de Camuy
Y la de la cueva yucateca

También puede hablarse de David y Goliat
Y retomo el viejo tópico
David contra Goliat
Pero hay un arma nueva
Y vieja
Ya lo sabemos
David con el símbolo del itrio
Ese, el del polvo brillante y negruzco
David con la ye, con la y griega
Del CaYaC de Tito
La honda que sirve para lanzar el dardo la piedra
Mantener la canoa a flote
Y también sirve
Varita mágica invertida
Para encontrar la fuente primigenia
El punto donde se funden las aguas del globo
En Santa Ursula la de las mil vírgenes
En la Ay-Ay de los franceses
Yayí en los mapas posteriores
Y vuelven las letras
Alfa beta
La Y del CaYaC con su anagrama
El centro de la canoa
El punto por donde entran
A cuentagotas el azúcar y su antídoto
El alfa
No el omega
Cómo describirla
Si ya ha sido contado tantas veces
Grabado en los árboles, en la tierra

Guaynabo
Aymamón
Loíza
Si ha sido escrito en la corteza de las piedras
Si solo basta casimar y abrir los ojos piedra
En las piedras
Que respiran
Aire
Se oxidan
Como se oxida el cobre y el hierro
Como se oxida el itrio
Formando un polvo brillante y negruzco
Como no se oxida el cobalto
Ese azul tan efímero
Ni el uranio
Que parece plata y no lo es
Ni el manganeso
Luminoso denso
Hay más
Mucho más
La luz de bengala que ilumina la noche de los misiles
La luz
El elemento más liviano
Deja en Bieké arsénico bario
Cadmio
El rojo más sanguíneo
Es la batalla
Acá
Allá
Hacia el sur de Yayí

Allí
Aquí
Es la lucha por volver a ser Lares
Por ser Lares y estar en Lares
Entre campanada y campanada, la sirena
Entre campanada y campanada
Mil doscientos hombres con armas largas
Con gases lacrimógenos
Con chalecos antibalas
Con cascos antidisturbios
Con radios con antenas
Marine
Fuego en el agua
Metal en el mar
Tres naves
Tres barcas
Tres buques
Danza inconclusa alrededor de un punto único
Ponce de León era de Palencia
Pero el león es el mismo
Tres fragatas
Tres caravelas
Cristóbal buscaba las Indias
Tres calaveras
Cañones arcabuces
Casquillos de uranio y de plomo
En la época de la pólvora antes de la pólvora
Y el asombro
El asombro ante la potencia infinita del metal
El asombro ante el mercurio plateado, líquido

Ante el cadmio rojo
Ante el manganeso
 Ante el uranio
 Ante el cobalto
Ese azul tan efímero
Ese azul tan efímero
Ese cáncer tan penetrante
Metátesis, las caravelas
Metástasis, los misiles
 Cáncer
 Cáncer
Cáncer en los senos
Cáncer en los riñones
Cáncer en la piel
 En la garganta
 En los testículos
 Cáncer que roe
 Roe
Roe y se expande
 En Bieké

Fabrício Carpinejar

Las rocas encuentran

Las rocas encuentran
alas en la espuma.
Ninguna despedida compensa

la fidelidad de la casa.
¿Cómo devolverá tú memoria
las calles prestadas

para interrumpir la infancia?
¿Qué eclipse, o calendario,
va a mitigar

la nostalgia del futuro?
¿Quién inventará el fuego
sin el estilo del creador?

Vuelve a la pampa, padre

Vuelve a la pampa, padre,
estamos amor-tecidos
en el agua tensa

del charco.
Protege sus sienes
con la palma de la mano izquierda,

la luz nocturna es traicionera.
No nos sirve
el remedio de la aurora.

Vuelve, la harina
y la carne seca
enfrían en la tinaja.

Tu carcajada denuncia

Tu carcajada denuncia
la desesperación.
Las respuestas llegaron

antes que las preguntas.
Sí, la cicatriz del alba
influye en la inclinación

de las ramas.
Sí, desaté la cabellera de la guitarra
y el entorno del instrumento

parecía la pupila
de un homicida.
Sí, el día del regreso.

Obedecías únicamente

Obedecías únicamente
al instinto de resucitar,
resplandeciendo

una enseña a lo lejos.
Entrelazabas con misterio
versículos y frases,

las cuerdas de la embarcación
en el interior del frasco.
Transparente del combate,

viril en su fragilidad,
recogido en el exilio
de estar pleno de sí.

Ingeborg Bachmann, (Klagenburg 1926-Roma 1973)), pasó su infancia y juventud en esa región apartada del sudeste de Austria, en cuya capital se graduó en literaturas germánicas y filosofía con una tesis doctoral sobre Martín Heidegger. Su obra ha sido publicada en español en varias ediciones, entre ellas, los poemarios *El tiempo postergado*, traducción de Arturo Parada (1991); las novelas y prosas *A los treinta años*, traducción de Margarita Fontseré. (1986); *Malina*, traducción de Juan de Solar, (1986) y *Tres senderos hacia el lago*, traducción de Juan del Solar, (1987). Los poemas que publicamos fueron traducidos por Jaime de la Gracia.

Guillermo Daño (Trujillo, 1929), hizo estudios de lingüística y literatura en la universidad Católica de Perú y es profesor de esas materias en las universidades de Nanquín y Beijing. Ha publicado numerosas traducciones de poetas chinos al español. Algunos de sus últimos libros son *La Pagoda Blanca*, poemas de la dinastía Tang (2000) y *Sobre un sauce, una tarde* (2000), una antología bilingüe de Zhang Kejiu.

Nicolás Suescún (Bogotá, 1937). Poeta, narrador, traductor, ensayista, periodista, librero y profesor de literatura. Sus libros de poesía son: *La vida es* (1986); *3 a.m.* (1986); *Los cuadernos de N* (1994) y *Poemas Noh* (1996).

Elkin Restrepo (Medellín, 1942). Poeta, narrador, dibujante y grabador. Ha publicado *La sombra de otros lugares* (1973); *Memoria del mundo* (1974); *Lugar de invocaciones* (1977); *La palabra sin reino* (1982); *Retratos de artistas* (1983); *Absorto escuchando el cercano canto de sirenas* (1985); *La Dádiva* (1991); *Fábulas* (1991); *Lo que trae el día* (1998) y *El falso inquilino* (2000).

Amadeu Baptista (Oporto, 1953), ha publicado, entre otros libros de poesía, *As Passagens Secretas*, (1982); *Maçã*, (1986); *Kefiah*, (1988); *O Sossego da Luz*, (1989); *Desenho de Luzes* (1997); *As Tentações*, (1999); y *A Noite Ismaelita*, (2000). El poema que publicamos fue traducido por Ángeles Dálua.

Tone Škrjanec (Ljubljana, 1953). Poeta y traductor hizo estudios de sociología en la Universidad de Ljubljana. Ha publicado los libros de poemas *Azules de un balanceo* (1977), *El sol en una rodilla* (1999); *Pagodas en el viento* (2001) y *Cuchillos* (2002). Los poemas que publicamos han sido traducidos por André Venoue.

Marithelma Costa, (San Juan, 1955), ensayista, cuentista y poeta es profesora de literatura medieval en el Romance Languages Department de Hunter College y en el Graduate Center de City University of New York. Entre sus libros figuran *Era el fin del mundo*, (1999); *Las dos caras de la escritura*. Conversaciones con M. Benedetti, M. Corti, U. Eco, S. Molloy, C. París, R. Piglia, X. Rubert de Ventós, E. Sábato, S. Sontag, G. Torrente Ballester, N. Vientós Gastón, (1988) y *De tierra y de agua*, (1988).

Jorge Cadavid (Pamplona, 1962) es Doctor en Filosofía de la Universidad de Sevilla. Es autor de: *Cerca de la tempestad* (1996), *Diario del entomólogo* (1998), *Ultrantología* (1999), *La nada* (2000) y *Un leve mandamiento* (2002).

Fabício Carpinejar (Caxias do Sul, 1972) ha publicado los libros de poemas *As solas do sol* (1998); *Um terno de pássaros ao sul* (2000); *Terceira sede* (2001) y *Biografia de uma árvore* (2002). Ha recibido numerosos premios entre ellos el Cecilia Meireles y el Fernando Pessoa. Los poemas que publicamos fueron traducidos por Xosé Lois García.

El grabado de la portada es de **Jaime Valencia**.